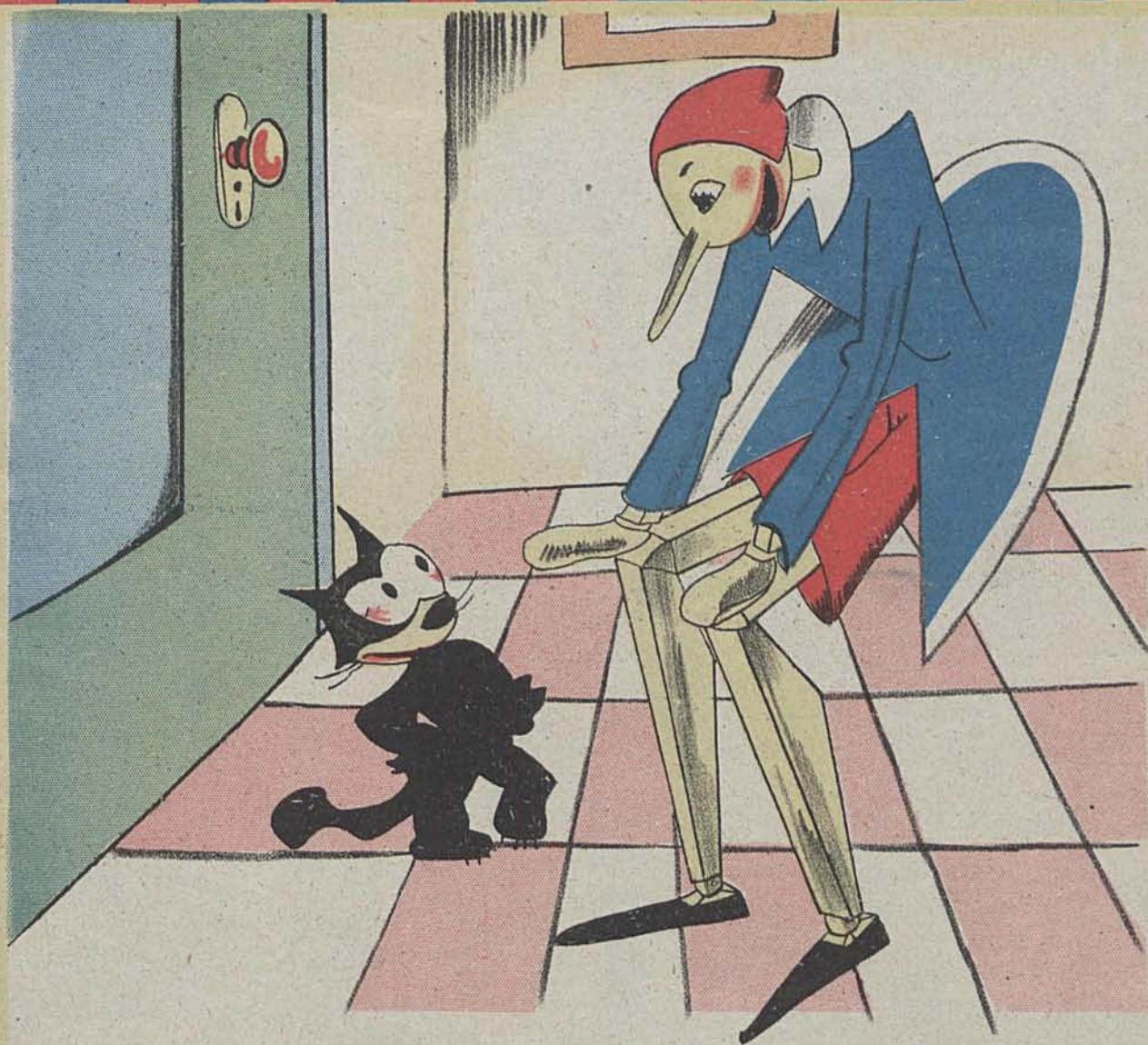


PiNOCHO

AÑO VI
NUM. 271

25 cts

27 ABRIL
1930



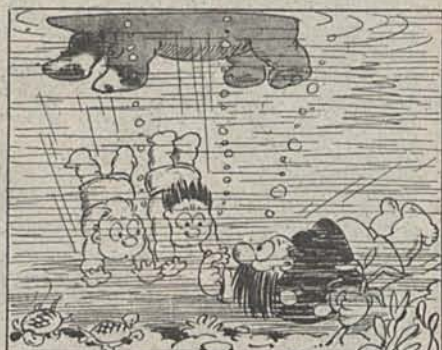
- ¡TOTAL NO ME HAN SUSPENDIDO NADA MÁS QUE DOS VECES!
- ¿Y CUANTAS TE HAS EXAMINADO?
- ¡MAÑANA ME EXAMINO POR TERCERA VEZ!

PiNoCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICION: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.



La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





EL PARALELO 28°17'

POR E. GIOVANOLA Y A. M. BARBIERI

(Continuación)

—¡Gracias; es usted muy amable. Tenga usted a bien dispensarme aun la bondad de

oírme y de tomar nota de lo que le voy a decir de nuevo e interesante.

—Mis oídos, mi mano y mi estilográfica están a su disposición — dije yo, mostrándole mis dedos apretados en torno del mango de caucho.

—Conociendo mis ideas y mis costumbres en el ejercicio de mi profesión, puede usted imaginar si el descubrimiento de los autores del delito de Tolón me ha contrariado y preocupado. Si no tuviese como regla de conducta el no arrepentirme nunca de mis actos, aun cuando sean estúpidos, inútiles o dañinos, habría maldecido mil veces las circunstancias que me condujeron a aquella desdichadísima empresa. Ha sido una operación verdaderamente infeliz. No ha producido sino una suma mezquina, la cual, además, hubo de ser miserablemente dividida en cinco partes; y ha costado la libertad de un inocente y la vida de tres personas: el comandante Simondier, el teniente Romain y Garré. Sin contar con que poco faltó para que también resultaran muertos sus amigos de usted, D'Alimand y Mandiguet, y que un sin fin de personas tuvieron una porción de contratiempos. Ahora, como mi participación en el robo, y hasta en el asesinato, está descontada, no parecerá mal a aquellos canallas echarme toda la culpa; y eso es lo que yo no quiero. Y como yo no estaré allí para defenderme, he venido aquí a hacer ante usted mi defensa... preventiva; defensa que me importa bastante: ante todo, porque no es cierto todo aquello de que me

pudieran acusar y de que aun ahora ya se me acusa, y luego, por las razones morales y sentimentales que le he expuesto a usted. Esté, pues, atento, que voy a reconstituir toda la dolorosa historia.

—Soy todo oídos... y pluma.

—He aquí cómo ocurrió. Encontrábame hacia algún tiempo en Tolón, *parado*, y frecuentaba de *incógnito* un club de oficiales, en el que eran admitidos también algunos jóvenes de la ciudad y hasta forasteros de paso. Ahí es donde conocí a Armagnac, a Larouchy, a Romain y a Fayollet. Sucedió que un día, Armagnac, con quien había entablado yo particulares relaciones de confianza, solicitó de mí, todo agitado y convulso, un préstamo urgentísimo: dos mil francos, si no recuerdo mal. Yo soy curioso por naturaleza, diré, incluso, que por oficio, y conseguí sonsacarle el motivo de aquella urgencia. Tratábase de una vulgarísima apropiación indebida, perpetrada en menoscabo de la caja del Arsenal mediante la complicidad de Foichant, entonces maestro-contador, el cual suministraba las llaves. Yo le dí la suma, y Armagnac, bien porque no podía nunca restituírmela, y sobre todo porque temía que yo le delatara (no sabía en aquella época quién era yo realmente) acabó por convertirse en *hechura* mía, dispuesto a hacer siempre cualquier cosa que yo le hubiera impuesto. Fayollet, gran amigo de Armagnac, era un joven que hacía vida disipada, siempre elegante, de punta en blanco, y discretamente provisto, en cuanto a monetario. No se sabía con precisión de qué pudiera vivir; quién decía que un tío del tal, sacerdote, era una mina de billetes del banco; quién que estaba en trance de dar cuenta del haber paterno, heredado poco hacía, pero yo le había visto muchas veces hacer trampas en el juego.

«Larouchy y Romain eran oficiales de marina,

amigos inseparables, ambos comidos de deudas, deudas de juego, a consecuencia de las cuales el comandante les había ya apercibido con la expulsión.

»La noche del 21 de marzo yo asistía, en el gran salón del *club*, a una interesantísima partida de *écarté*. Romain, a espaldas del cual me encontraba yo observando las alternativas del juego, perdía desesperadamente. Doblaban siempre las apuestas, pero eran raros los golpes favorables, de modo que en breve se encontró sin tener más que un último luis que tirar sobre el tapete verde. Cuando también aquel le fué arrebatado por los ávidos dedos del vencedor, mi amigo se puso de pie, lívido y temblando, y exclamó, silbando las palabras:

»—¡Ea, andando! Esta noche me ganarían hasta la carga del *Neptuno* si la tuviera en el bolsillo.

»—No será el tesoro de los Rothschild lo que haya a bordo del *Neptuno*—inquirí yo, husmeando la aventura.

»—Un millón no es un tesoro—; replicó Romain al que yo había cogido del brazo como para consolarle de su mala ventura—pero es una bonita suma hasta para el barón de Rothschild.

»Salimos a la calle, con Larouchy que también se nos había unido, y así fui yo informado por todos ellos de que el *Neptuno* había llegado aquella mañana con cerca de un millón, cantante y sonante, a bordo, y que la hermosa cantidad había sido depositada por el momento en la caja del Arsenal, en tanto la reexpedían a París el día 24.

»Y de pronto, allí en la calle, con breves y agitadas palabras, se decidió el golpe. Los dos oficiales hallábanse en tales condiciones económicas que sofocaban todo escrúpulo, y por otra parte se escudaban conmigo que, eclipsándome un momento después, asumiría entera la responsabilidad de la empresa. Pero fué necesario dar intervención en nuestro proyecto a Armagnac, que podía obtener las llaves por Foichant, y, por ende, a Foichant mismo; y además, nos

vimos obligados, con gran indignación mía, a admitir también en la partida a Fayollet. Este había sospechado algo, y, usando de amenazas, había logrado que le revelara nuestro secreto Larouchy, el más ingenuo y tímido de la pandilla. Juro a usted que estuve a punto de plantar allí el trato, y hubiera debido hacerlo; pero estaba en los comienzos de mi carrera, no andaba entonces sobrado de dinero, y me dolía bastante perder aquella ocasión, que parecía fácil y buena, de llenarme la cartera, un poco aligerada por mi larga y ociosa permanencia en Tolón.

»Fuí yo, naturalmente, quien estableció todo el plan de la empresa. Alquilé un automóvil (alquilé, es un modo de decir, porque el dueño del garage está aún esperando su coche), y en la noche del 23, junto con Fayollet, acudí a la cita que había sido fijada para media noche. Estaban ya allí los tres oficiales, de paisano, se entiende. Foichant aguardaba en el Arsenal, y a la puerta de servicio habían apostado a Garré, paisano de Larouchy y su hermano de leche según creo, que le era fidelísimo.

»Yo, el único que sabía conducir un automóvil, quedé esperando a mis consocios a cosa de trescientos metros de los muros del Arsenal, con los faros apagados. La circunstancia de tener las llaves hacía facilísima la operación, y por eso podían prescindir de mi presencia; y, por otra parte, no está escrito que yo haya sido siempre el ejecutor personal de mis golpes. Pero, mientras me hallaba observando la magnetopara que no se le ocurriera después armarnos un alboroto, cátese que se me aparece delante, como una sombra, Larouchy. En el último instante, presa no sé si de arrepentimiento o del terror, se había vuelto atrás, y Garré, ¡que era lo peor! le había seguido. Efectivamente, si Garré hubiera continuado en su puesto, acaso D'Alimand no habría recelado nada. Y ésta fué la primera torpeza. Pero no la más gorda. ¡Sabe Dios qué batahola armaron allí aquellos cuatro! Y luego, ¿qué falta hacía encender luz? La catástrofe no podía dejar de

(Continuará en el próximo número.)

ANITA

BUEN-CORAZON



¡ME HAN DICHO QUE EL ESTANQUE GRANDE SE HA HELADO, Y VOY A VER SI PUEDO PATINAR EN EL!



¡EFECTIVAMENTE, CREO QUE SE PUEDE PATINAR PERFECTAMENTE EN TODA SU SUPERFICIE!



¡ESTOS PATINES DE CUCHILLAS SON COLOSALES, SE ADQUIERE CON ELLOS GRAN VELOCIDAD!



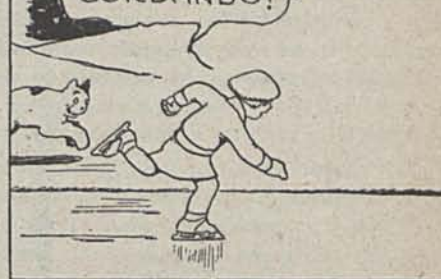
¡SE ME HA-BRA OLVIDA-DO PATINAR?



¡ALTO ANITA! ¿A DONDE VAS ASI TAN A PRISA?



¡VAYA! ¡VAYA! ¡YA ME VOY RE-CORDANDO!



¡FÍJENSE USTEDES LO BIEN QUE PATINO! ¡EH?

¡GUAY!



¡EH!



¡DIOS MIO; QUÉ DOLOR! ¡YO CREO QUE ME HE ROTO LA CABEZA!



¡ESTOY DESEANDO LLEGAR A CASA PARA VER LO QUE ME HE HECHO Y CURARME!



¡AFORTUNADAMENTE NO HA SIDO MAS QUE UN CHICHON! ¡TAN CONFIADA QUE ESTABAS Y PATINANDO! ¡BIEN DICE UN REFRÁN QUE EN LA CONFIANZA ESTÁ EL PELIGRO!





UN VIAJE POR LA VÍA LACTEA

Los personajes más importantes de la gran familia pinochista han acometido la gigantesca empresa de construir un descomunal aerobús para realizar emocionantísimos viajes a través del espacio infinito.

Es un aerobús dotado de todos los adelantos que puede suministrar la ciencia en el momento actual. Consta de un gran balón, en forma de puro, como los zeppelines, hecho con tafetán de seda, completamente impermeable y absolutamente refractario a los cambios de temperatura. Es decir, que ni las lluvias ni las nieves, ni el frío ni el calor, influirán para nada en la estructura del envoltorio del aerobús.

Este balón irá ocupado por tres mil metros cúbicos de un gas ininflamable, y desde luego, indiferente también a los cambios de temperatura. Por lo tanto no le ocurrirá lo que a los demás gases conocidos, que aumentan de volumen al dilatarse por la acción del calor, y se reducen al contraerse por la acción del frío. Al gas, de este aerobús, no le pasará nada de esto. Permanecerá siempre igual, y además, como ya hemos dicho que es ininflamable, no hay nada que temer a las chispas eléctricas de las tormentas ni a los peligrosos fuegos de las colas de los cometas, si es que en el viaje a través del espacio, tuvieran que atravesar alguna zona incendiada por una de dichas colas.

Hagamos un homenaje de asombro a la volcánica imaginación de don Turulato, a cuyas privilegiadas dotes de talento para estas cosas de la ciencia, se debe el genial descubrimiento de este precioso y utilísimo gas.

No conocemos el secreto, claro está, de la composición de este gas, pero hemos visto la fórmula química, y en nuestro deseo de ser informadores de la mejor calidad ofrecemos (en secreto) la fórmula a nuestros queridos lectores pinochistas.

La fórmula reza así:

$K. Pi. q. a. \times q. rrin. Ch. =$

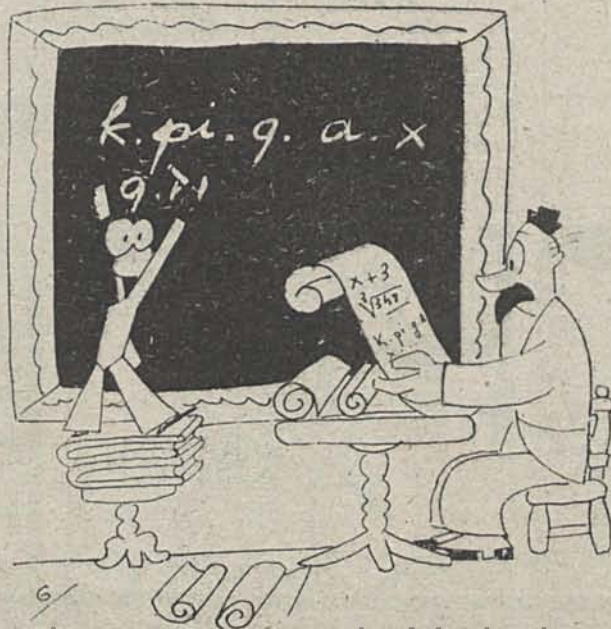
Pi, pi, pi, o sea, que traducido al lenguaje vulgar dice la fórmula lo siguiente: «Capicúa multiplicado por Currinche igual a «pi, pi, pi.» Y como «pi, pi, pi.» es el sonido del pito del tren cuando va de viaje, se desprende que «capicúa multiplicado por Currinche es igual a viaje que te vas a hacer por el sol, la luna y las estrellas,» que es lo que se quería demostrar.

En la cabina destinada a los pasajeros no falta ningún detalle exigido por la ciencia, el confort, y el buen gusto. Sobre todo, se ha hecho un verdadero alarde de refinamientos en la cocina, donde Tecla, la inconmensurable mujer del capitán Corretón, ha puesto de relieve sus excepcionales dotes para cuanto se refiere a las artes exquisitas del fogón. Grandes depósitos de lentejas, ajitos tiernos (que son la debilidad de Corretón) pastas de sopas, entre las que, claro está, no faltan las sopas de letras (como único recurso utilizable para enseñar a leer a los incorregibles Tin y Ton), mermeladas, pimentón, canela, té, café, polvos para matar cucarachas, etc., etc., etc. El aerobús irá provisto de cuatro potentísimos motores movidos por gas pobre (un gas, que según don Turu, está en la más completa miseria) y de una fuerza en total equivalente a mil trescientos caballos y un borrico (según cálculo aproximado hecho por el gran matemático doctor Currinche).

En la soberbia instalación destinada a los intrépidos expedicionarios figuran espléndidas cabinas con camas, salón comedor, biblioteca, peluquería, salón de música con piano de cola, varios clarinetes, un acordeón y una ocarina.

La Tormenta y el Ciclón, o sea esas dos fieras de Tin y Ton, irán acondicionados en una jaula que colgará de la barquilla del aerobús, y ya ha previsto el capitán Corretón que en caso de apuro los lanzarán al espacio como lastre para que se las entiendan con los belicosos vecinos de Marte, o con los chisporroteantes pobladores de Júpiter.

Dirigirá la nave el famoso Pinocho, experto aeronauta,





asesorado por los consejos de técnicos tan eminentes en materia científica como Chonón y el sabio buho.

De la dirección de asuntos que pudiéramos llamar de la casa, o sea limpieza, cosido, arreglo de las habitaciones, etc., se encargará la dispuestísima Pirula, en cuyo saco de viaje, no faltarán los plumeros, agujas, hilos, zorros, huevos de madera para repaso de calcetines, planchas, y demás chirimbolos necesarios a una mujercita de su casa cual es la previsora Pirula.

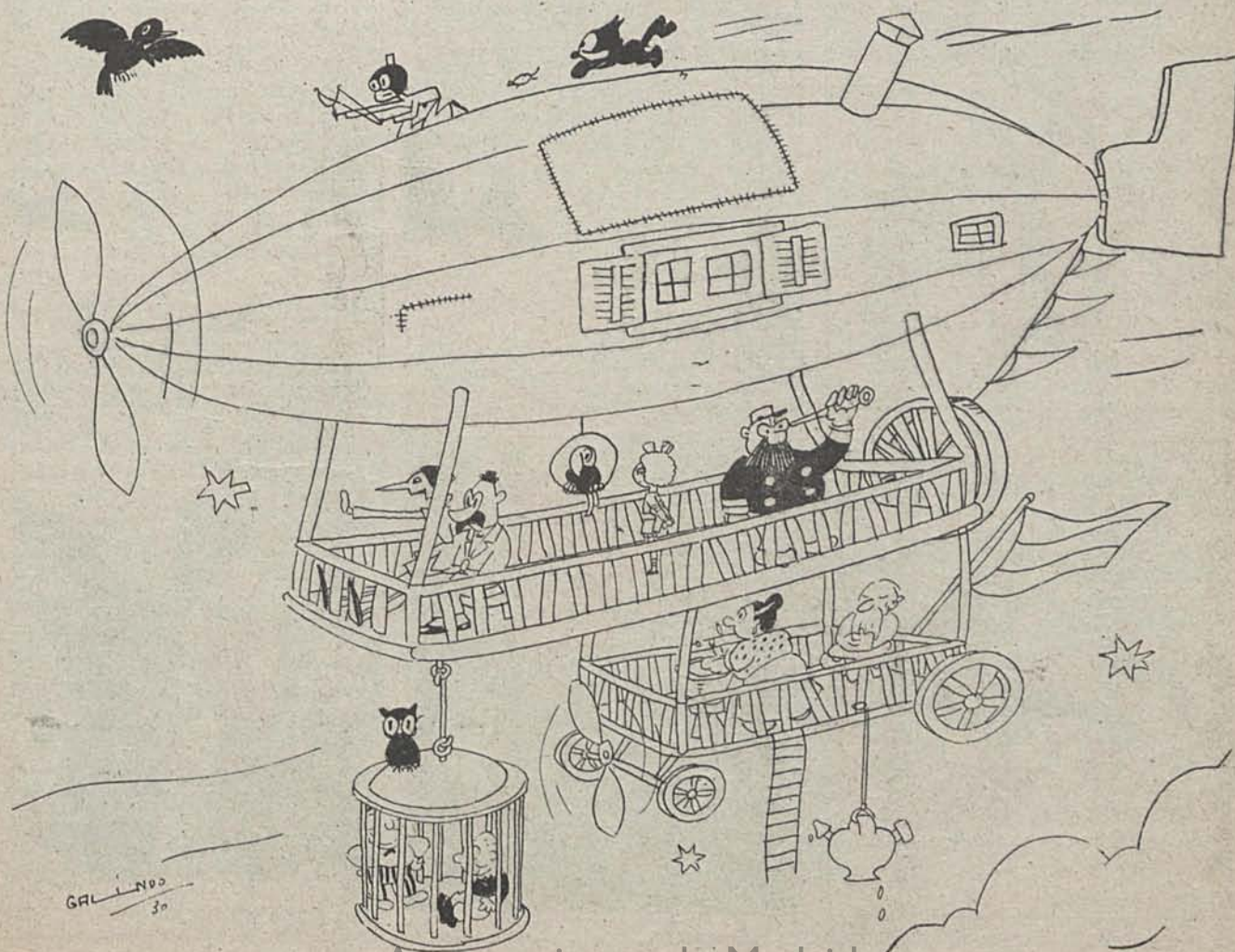
Hasta en la parte decorativa no se ha prescindido de detalle, pues del centro del salón de baile penderá un espléndido floripondio, que además de servir de columpio a las moscas servirá con sus chillones colorines para ahuyentar la melancolía del ánimo de los pasajeros si alguno intentase aburrirse, cosa que no es de esperar dadas las emociones, que se han de presentar en un viaje tan arriesgadísimo.

En el cuarto de aparatos, al que no podrán entrar más que Pinocho, Chonón y el buho, habrá radiotelegrafía, televisión, radiogoniómetro y una manga de riego para dar duchas de agua fresca a Tin y Ton si aun dentro de la jaula tratasen de hacer alguna de las suyas.

Completan la instalación una verdadera red de timbres, teléfonos, despertadores, calefacción, luz eléctrica, ventiladores, gramófonos, fuelles, pijamas y demás utensilios propios para hacer la vida agradable y dulce como un plato de arroz con leche.

Y ya descrito el aerobús, anunciaremos a los pinochistas que está ya dispuesto para la marcha, que nuestros valientes expedicionarios están ya todos en los puestos que les corresponde en la cabina, que agitando los pañuelos se despiden de la inmensa muchedumbre que ha acudido a presenciar su partida, que Tin y Ton ya andan a mordisco limpio dentro de su jaula por un quitame allá esas pajas, que Tecla ya está pelando y rizando unas patatas en la cocina, y que a los acordes de la marcha real, el aerobús, libre de las amarras que lo sujetaban a tierra se remonta majestuosamente por el espacio dejando oír el estridente ruido de sus motores y sacudiendo el aire con el aleteo de sus cientos de banderolas que se agitan dando un adiós a los inquietos curiosos que repiten como los que despidieron a Colón. «¡Allá va la nave! ¡Quién sabe do va!»

(Continuad).





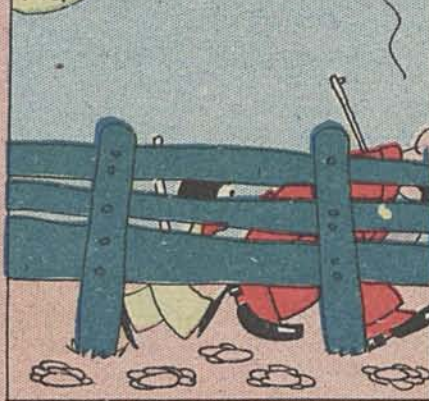
DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



OYE, CURRINCHE, YA ESTÁN MIRÁNDONOS LOS PINOCHISTAS. SE LES FIGURARÁ QUE VAMOS A HACERLES UNA HISTORIETA... ¡JA, JA! ¡CON EL DÍA TAN BUENO QUE HACE PARA IR DE CAZA!



VAMOS A ESCURRIRNOS POR DETRÁS DE ESTA VALLA Y ASÍ NO NOS VERÁN... ¡JE, JE! ¡QUÉ PLANTON LES VAMOS A DAR HOY A LOS PINOCHISTAS!



OYE, ESCÓNDETE DETRÁS DE ESTE ÁRBOL QUE POR ALLÍ VIENE UN PINOCHISTA



¡NO NOS HA VISTO, CURRINCHE, NO NOS HA VISTO!

SI NOS LLEGA A VER SE LO DICE A PINOCHO Y NOS ESTROPEA LA CAZA



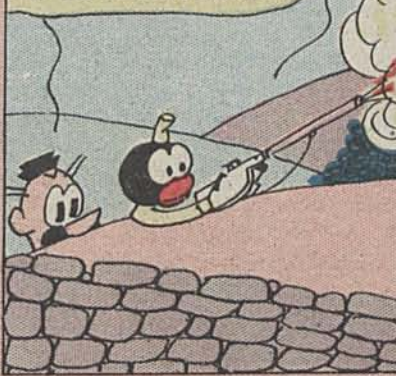
POR ALLÍ VIENE UN CIERVO, CURRINCHE. NO RESPIRES, NO SE VAYA A ASUSTAR

A ESA FIERA LA VA A MATAR UN SERVIDOR. PALABRA DE HONOR



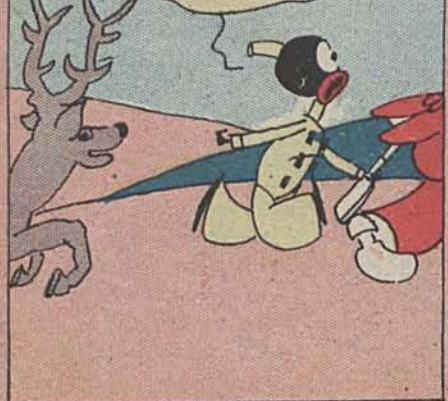
¡¡PAF!! ¿LE HE DADO, DON TURULATO?

NI POR ASOMOS, MORENO HAS MATADO A LA CHIMENEA DE AQUELLA CASITA



BUENA LA HAS HECHO, CURRINCHE. ¡AQUÍ VA A HABER HULE!

¡MI ABUELA! ¡QUÉ CUERNOS!



¿HAY ALGUIEN DON TURU? NO. ANDA, TRÁEME LA ROPA QUE ESTÁ AHÍ COLGADA EN UNA PERCHA





COLORÍN y su PANDILLA



REG. U.S. PAT. OFF.
© 1930 - CHICAGO TRIBUNE

CUENTOS DE CALLEJA

EL MARQUÉS DEL CACHIRULO

Castillo



Una Princesita de diez años contaba la Reina, su mamá, que allá, por tierras muy remotas, había una hermosísima muñeca, que no sólo era la más bella de cuantas existían en el mundo, sino que, además, hablaba como una niña lista y bien educada, se vestía ella sola y daba a su dueña un beso todas las mañanas al despertarse.

La Princesa, en cuanto oyó la descripción de aquel maravilloso juguete, sintió unas ganas terribles de poseerlo.

—¡Pobre niña!—exclamó la Reina—La edad te enseñará que hay cosas que aun para los reyes son imposibles, y ésa es una de ellas. La muñeca de que te hablo está encerrada en un palacio de hielo, en el cual no se puede penetrar sin riesgo de la vida. Muchos han intentado entrar en él y han muerto sin conseguirlo.

Tanto y tanto dió en pensar en el juguete, que, al fin, enfermó gravemente, poniendo en gran alarma a su familia. Por último, el Rey, su padre, al verla en trance de morir de pena, hizo anunciar por todo el reino que concedería el puesto de primer ministro a aquel ciudadano capaz de sacar la muñeca consabida del palacio de hielo y que la regalase a la Princesita.

Tan soberbia promesa sacó a muchos de sus casillas, y no pocos tentaron la aventura; pero cuantos fueron en busca de la muñeca quedaban convertidos en sorbete en cuanto intentaban franquear los umbrales del palacio encantado.

La noticia de haberse convertido en carámbano el último expedicionario llegó a palacio al propio tiempo que otro aventurero solicitaba permiso para ir en busca de la referida muñeca.

Se llamaba Pedro Núñez, pero en su pueblo le apodaban el Cachirulo.

—Pues desde este momento—exclamó el Rey en cuanto se le presentó—te nombro marqués del Cachirulo, para que te sean guardadas las consideraciones que mereces.

Marchó Perico inmediatamente a realizar su empresa, y, por fin, después de quince días de marcha, llegó a las inmediaciones del palacio de hielo.

Era este un inmenso edificio transparente, cuyo pórtico, formado de grandes columnas de agua congelada, ofrecía un aspecto deslumbrador.

Un poder misterioso contenía el hielo sin fundirse en medio de la temperatura suave de una región fertilísima, cubierta de bosques espesos y de plantas propias de los climas tropicales.

Sin embargo, en el pórtico del palacio la temperatura debía ser tan fría, que allí aparecían convertidos en sorbetes de colores cuantos habían intentado la conquista de la muñeca.

Perico era hombre prudente, y, antes de decidirse a subir por donde los demás, quiso explorar el terreno.

A fuerza de mirar y remirar, vió nuestro Perico un pabelloncito adosado al palacio, y a él se aproximó.

—Este debe ser el alojamiento del portero—se dijo—. Pues él me informará.

Y, en efecto, no era mal portero el que allí se alojaba. Un león, pero un león de los de marca mayor, con unas garras que daba miedo y una boca como un pozo, fué el que salió a recibir al marqués del Cachirulo, dando un bostezo, como si estuviera aburrido de no poderse merendar media docena de marqueses cada hora.

El miedo privó a Perico de todo movimiento, y así quedó plantado delante de la fiera, como si no le importara un comino de sus uñas ni de sus dientes.

El león quedó sorprendido ante un valor tan sereno, y, mirando fijamente a Pedro, le dijo:

—¡Por mi colmillo derecho te juro que no he visto valiente como tú! Así me gusta. ¡Choca, veterano!

Y, extendiendo la garra derecha, estrechó la mano que le tendía Perico, sin saber lo que hacía.

Tranquilo ya al ver la benevolencia de la fiera, avanzó hacia ella y se sentó a su lado.

—¿Y a qué vienes por aquí?—preguntó el león.

—Pues estaba de caza de lobos, y ya me había comido cinco, cuando vi un tigre que trataba de escapar, y he corrido detrás de él para comérmelo. ¡Es tan lindo! Ayer maté





a un elefante de un puñetazo en la trompa; pero iba de prisa y no pude entretenerme en desollarlo. Si quieres comértele, vente conmigo.

El león se estremeció; había encontrado la horma de su zapato. «Un hombre que mata un elefante de una puñada no tiene conmigo ni para entretenerse», se dijo para su pellejo, y así, se ofreció incondicionalmente a servir a Pedro en lo que pudiera.

—Pues, amigo león, yo necesito que me digas cómo he de apoderarme de la muñeca prodigiosa que se esconde en este palacio. Para librarme de morir helado pensé al pronto desollarte y abrigarme con tu piel, pero si sabes otro procedimiento, prefiero dejarte con el pellejo.

—Mira, mira, no pienses tal cosa: mi piel no te abrigaría lo bastante; pero hay en mi habitación una piel de oso, y con ella irás tan arropado como si estuvieras en tu cama. Cuando estés dentro del palacio ten cuidado con no perderte, porque si pierdes el tino no encontrarás nunca la salida y morirás de hambre. La muñeca está encerrada en un armario de hielo, cuya cerradura es secreta; no te entretengas en abrir las puertas, rompe el hielo por el costado derecho, que es el único débil, y saca por allí la muñeca; pero la has de sacar de cabeza, pues si la coges por los pies se te abalanzará al cuello y te ahogará.

—¿Y cómo haré para no perderme?—dijo Perico.

—Pues mira; en cuanto pase un rato desde que hayas entrado, yo me pondré a la puerta y rugiré de vez en cuando. Tú me oirás y marcharás siempre hacia el sitio de donde partan los rugidos, y de este modo encontrarás la salida.

Así quedó acordado, y el marqués del Cachirulo, envuelto en la piel de oso, penetró, audazmente, en el palacio. Ya dentro, sospechó de la buena fe del león, y, temeroso de



que no cumpliera su palabra, sacó del bolsillo un periódico, y, haciéndole menudos pedazos, los fué dejando caer durante el camino. Llegó, por fin, al armario donde la muñeca estaba, y, en vez de romper el mueble por el lado en que el león le dijera, le rompió por el otro, y, cogiendo a la muñeca por los pies, la sacó delicadamente de su escondite.

—¡Aquí estoy, aquí estoy!—decía la muñeca.

Tendría el maravilloso juguete como dos palmos de altura. Su cara sonrosada parecía viva, y sus ojos hermosísimos tenían un brillo deslumbrador, bajo unas sedosas pestañas rubias como el oro. Su blonda cabellera caía en cascadas sobre sus hombros, y sus labios rojos como el carmín, se abrían dulcemente para hablar o sonreír como los de una hermosísima niña.



El vestido era regio: azul celeste con bordados de oro y perlas, y sus menudos pies estaban apriados en unos lindos zapatitos de raso.

Ya en posesión de la muñeca, Perico, echó a correr hacia la salida, siguiendo la dirección de los papilitos. En esto oyó rugir al león, pero en dirección contraria a la que llevaba.

—¿Me habrá hecho traición?—preguntó.

—Sí—dijo la muñeca—; ahora ruge para atraerte hacia donde te perderás sin remedio. Sigue el camino que tu ingenio te ha trazado y escapa lejos de aquí.

Así lo hizo Pedro, y, llegando adonde el guía lo esperaba, dejó al león, ruge que te ruge, a las espaldas del palacio encantado, mientras él marchaba hacia su patria.

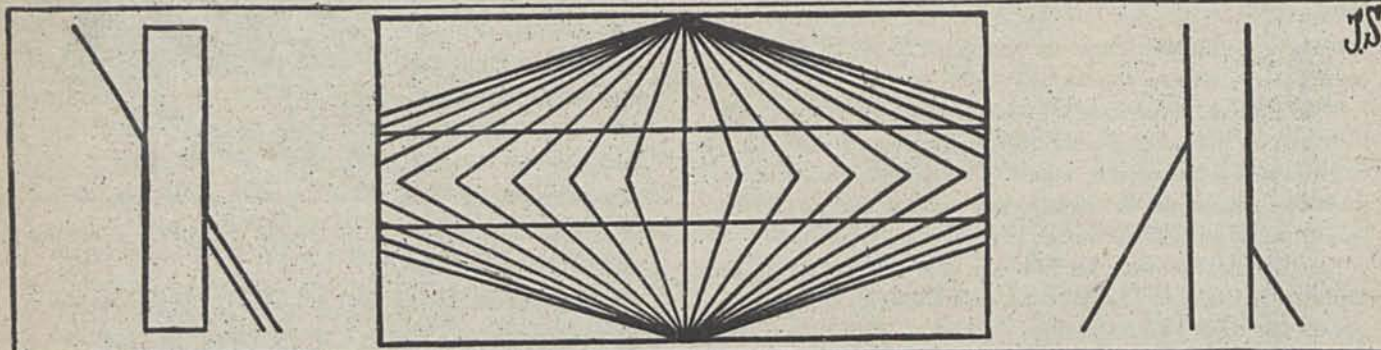
La muñeca fué dándole muchos y buenos consejos por el camino. Llegados a Palacio, los reyes, los príncipes y el pueblo entero le aclamaron como primer ministro. La Princesa recobró la salud y Pedro tomó posesión de su destino.

El marqués del Cachirulo, primer ministro de Su Majestad, hizo que se le cambiara el marquesado por el título de duque con rentas, y vivió de ellas y de su fama hasta que no pudo más y se murió de viejo.



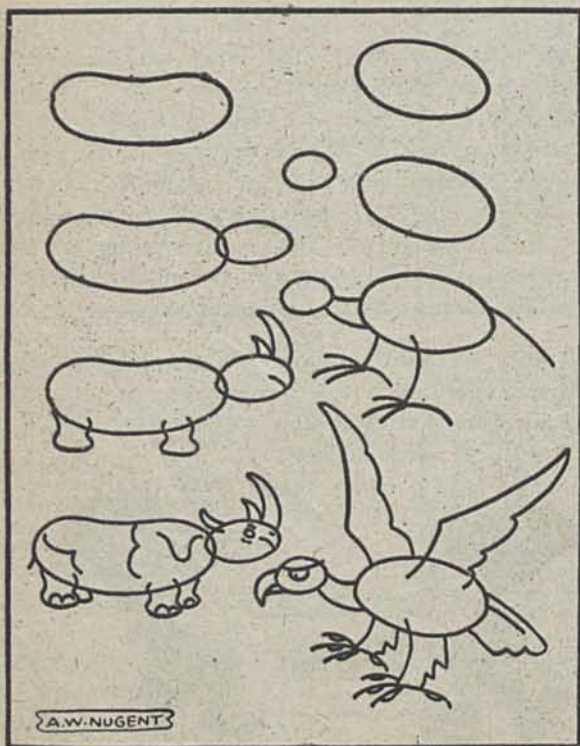


TRES ILUSIONES



Teneis aquí tres dibujos, a primera vista, sencillos y sin importancia. Pero no hay que fiarse de las apariencias. En el primero tenéis un rectángulo atravesado por una línea diagonal. Ahora bien, en la parte derecha del dibujo veis, en lugar de una línea diagonal dos líneas. ¿Podéis indicar a primera vista cuál de las dos es continuación de la que hay en la parte izquierda del rectángulo? La vista os engañará, sin duda. ¡Probadlo y os convenceréis! Después de mirar el segundo dibujo diréis que las dos líneas que lo atraviesan son divergentes. ¡Segunda coladural! Son perfectamente horizontales como lo podéis comprobar con ayuda de una regla. Y por último en el tercer dibujo; después de un rato de duda, afirmaréis que en el caso de que se prolongara la pequeña línea diagonal de la derecha hasta la vertical de la izquierda el punto de unión de estas dos líneas estaría más bajo que el de unión de la misma vertical con la diagonal de la izquierda. ¡Tercera y más ignominiosa coladural! De nuevo una regla os sacará de vuestro error.

TODOS DIBUJANTES



Un rinoceronte y un águila van a ser los que van a inspirar, hoy, a nuestro lápiz.

El rinoceronte es bien sencillo de dibujar. En primer lugar trazais esa especie de chorizo o morcilla que véis en el dibujo, al tal chorizo le añadís un huevo... y ya tenéis el rinoceronte hecho, nada más que con añadirle unos pequeños detalles.

Respecto al águila, bien poco os podemos decir... Es tan sencilla de hacer, tan fácil de dibujar, que todo el tiempo que gastáramos en explicároslo sería tiempo perdido; sobre todo conociendo las maravillosas dotes intuitivas de todos los pinochistas... ¡Ojo pues al grabado y el águila saldrá sola!

SILUETAS



Un entretenimiento para de noche. Colocad las manos tal como indica el grabado, detrás de una luz, junto a una pared, y veréis que la sombra que proyecte en esta tiene la figura de un animal conocido...

COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE ABRIL

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



Totó por
Lolita Fernández



Morronguis
por Antonio Colón



Soldado por un
desconocido



Un pescador
por Ramón Bes



Piel Roja por
Silvio S. Marmel



Mi hermanita
por
Guillermo Mendive



Cabaña por
Ana María Fernández



El arco iris
por Salvador Pérez



Pirula
por Segundo Martínez



Una niña
Ana M.
Fernández



Mi criado por
L. Fernández



Anita bailando
por
Lolita Fernández



José Manuel Navarro



Pinocho
por Lolita Fernández



Siluetas por Trini Gross



Una galera por Alecia Muñoz



Un retrato por
Salvador Pérez



Acorazado por R. Pillado



Currínche y Don Turu
por Agustín Dea



Un automóvil por Manuel Rodiles



Mi castillo por J. A. V.



Un ratón por Manuel Valle



Toros
por Joaquín Moreno



Bebé por González



El Capitán por Soledad Páramo



Morronguis
por Germán Luis



Mi retrato
por Fífina Rodríguez

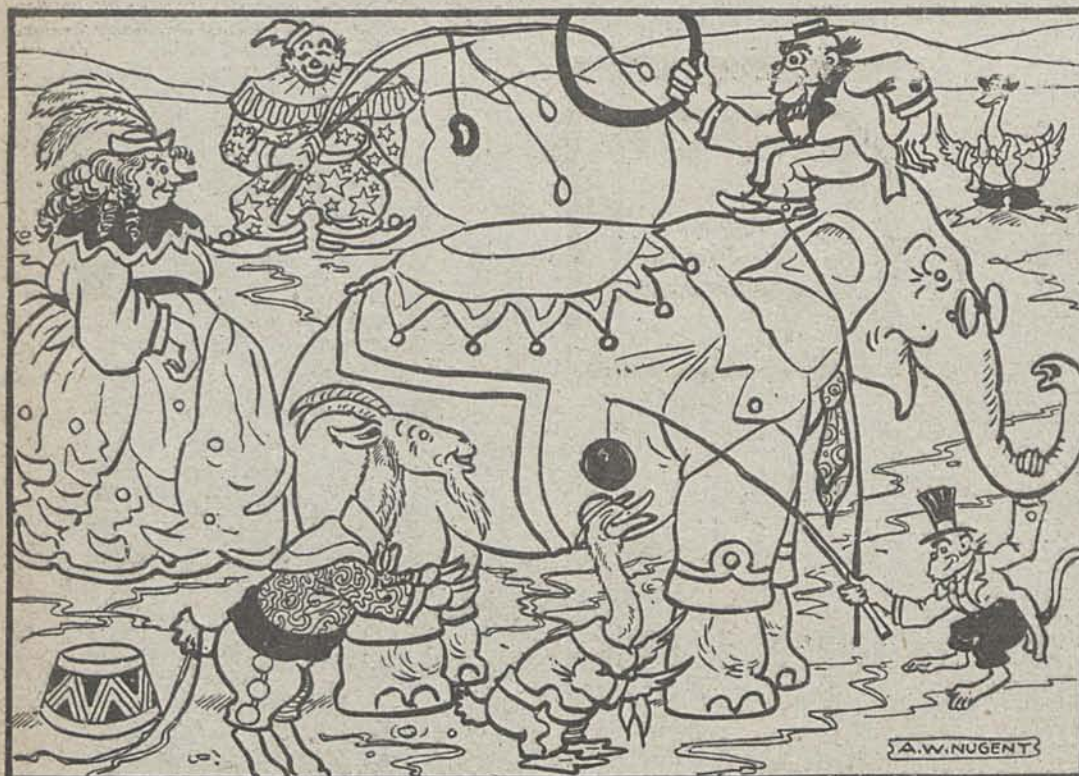


Voltereta
por
Maruja González

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE ABRIL

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

LOS TRES PERROS



No sé por qué extraña causa estos simpáticos amigos nuestros se ríen de esa manera. Indudablemente algo extraordinariamente divertido deben haber visto para regocijarse de ese modo...

¡Claro! Como que tenían dispuestos unos cepos para cazar unas feroces alimañas que les solían molestar, sobre todo por las noches, y las tales alimañas resultan que son tres infelices perros que, incautamente han caído en la red que les habían tendido...

Pero ¿no los véis? ¡Pues buscadlos!

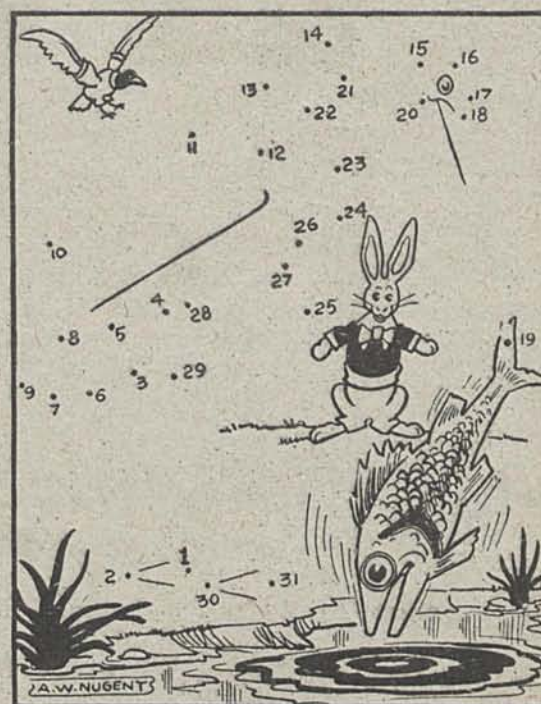
LAS LETRAS UNIDAS



Se trata de unir a cada letra blanca con la letra negra de su misma especie por medio de líneas pero teniendo en cuenta que estas líneas nunca se pueden cruzar.

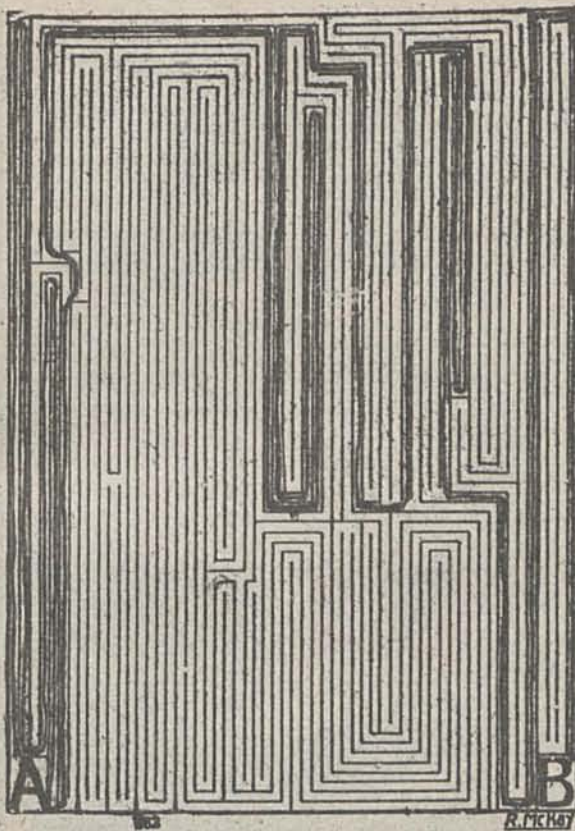
Sabréis la causa de su miedo uniendo los los números por líneas por el orden correspondiente.

EL PEZ MEDROSO



SOLUCIONES DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE OCTUBRE

EL LABERINTO TIROLÉS



EL 30
DIABÓLICO

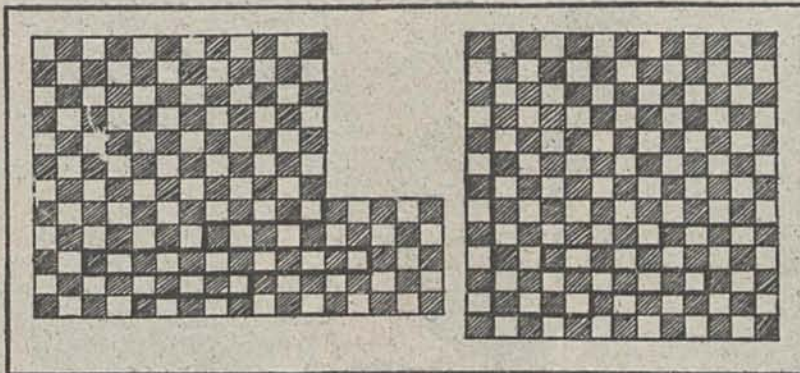
Primera línea
13, 1, 6 y 10

Segunda línea
14, 2, 5 y 9

Tercera línea
12, 11 y 7

Cuarta línea
3, 15, 8 y 4

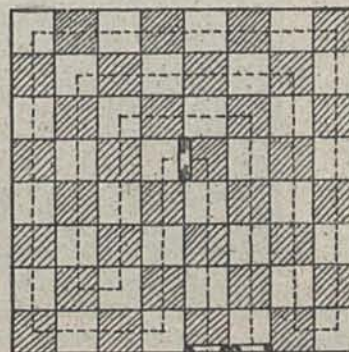
EL TAPIZ DE RENEDO



LOS TRES CÍRCULOS



EL TABLERO DE AJEDREZ



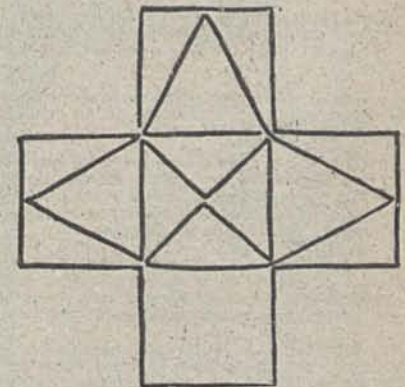
LOS CUATRO PERROS



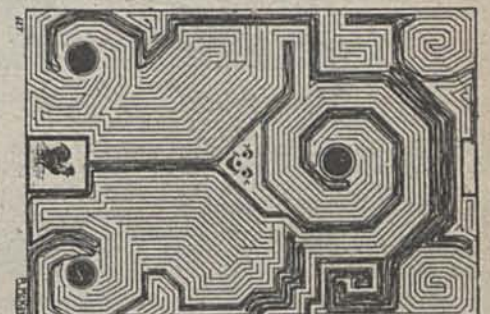
EL OSO PATINADOR



LA CRUZ DE MAYO



EL GALLO DE ORO



Sección Pirula

CUENTOS DE PIRULA

LA GALLINA ENCANTADA

(FIN)



Lo que había puesto la gallina maravillosa, era... un huevo, un simple huevo, un huevo como todos los huevos de gallina.

Al pronto, Tomasa se preguntó si la piedra solamente contenía clara y yema, que era realmente lo menos que podía contener.

Y así fué un día y otro día; Negrita ya no ponía piedras preciosas; ¡ya no ponía más que huevos!

No intentaré describiros la rabia de Tomasa, cuando comprendió que se había acabado aquella fuente de riquezas.

¡Se acabaron los mimos y los halagos a la gallina! Ya la insultaba a todas horas, y una noche decidió que, puesto que Negrita ya no la servía para nada más que para estorbo, lo más sencillo era retorcerle el pescuezo. La gallina estaba tan bien alimentada que había engordado mucho; al menos, se la podrían comer en pepitoria.

«Pero mamá—exclamó Marisol aterrada—¿Vas a matar a Negrita después de los regalos magníficos que te ha hecho?—¿Y a mí ¿qué me importa lo que me ha dado puesto que ya no me da nada?—contestó la ingrata Tomasa.»

Pero cuando a la mañana siguiente fué a matar a Negrita, no la encontró; ya no estaban en el palacio ni Negrita, ni Marisol; la niña había huido con la gallina para salvarla.

Anduvo un rato con Negrita en brazos, como cuando era una niña pobre y se iba al monte a guardar los rebaños; pero entonces calzaba zuecos y ahora llevaba zapatitos de raso que le lastimaban los pies; al fin, cansada se dejó caer al pie de un árbol; había huido muy de mañana, sin desayunarse, y tenía un hambre horrible; y ¡no tenía nada que comer!

¡Ay! Negrita—la dijo a su gallina—ya podías poner un huevo de esos tuyos no de los de antes, no, de los de ahora, para que yo me lo comiera.

«¡Co! co! co!»—contestó Negrita.

Y puso un huevo, un huevo de verdad.

¡Gracias gallinita buena! exclamó Marisol mucho más satisfecha que si el huevo hubiera sido un brillante o una perla.

Y fué a partir el huevo. Pero entonces ocurrió algo extraordinario (¡caray con la gallinita Negrita! ¡no se gana para sorpresas!) y fué que la cáscara se dividió en dos mitades y de ella surgió... ¡un pollo!

Me diréis que lo menos extraordinario que puede surgir de un huevo es un pollo, aun tratándose de un huevo fresco, recién puesto como era aquél.

Pero es que este pollo no era como los que suelen salir con pico y pluma de todos los huevos; no, este pollo era un joven muy hermoso y elegantemente ataviado con una capa de raso gris perla y un chambergo adornado con una pluma color de fuego. Aquel pollo era, en fin, todo un príncipe.

Un príncipe en miniatura, pues ya comprenderéis que de no haber tenido el tamaño de un dedo meñique no hubiera cabido en un huevo; pero en seguida empezó a crecer y se dió tal prisa en ello que a los pocos segundos tenía una estatura normal.

Mientras Marisol se le quedaba mirando con la boca abierta (de sorpresa, de admiración y también quizá un poco, por el hambre que seguía teniendo y que la hacía bostezar) ocurrió otro fenómeno singular y fué que la propia Negrita, lanzando un «co! co! co!» de triunfo, se convirtió en una señora de pelo blanco, que llevaba un manto de terciopelo y, en la cabeza, una corona de pedrerías.

—Soy—dijo Negrita... quiero decir la dama—una reina llamada Berenguela y este joven es mi hijo, el príncipe Brillantín.

Al oír estas palabras, Marisol que había leído muchos cuentos, creyó comprenderlo todo:

—¡Ah!—exclamó—ya me figuro lo que habrá pasado; seguramente alguna bruja envidiosa y mala, para vengarse, de no haber sido invitada al bautizo, les ha convertido en...

—No—interrumpió la reina, sonriendo—esta vez no sucedieron así las cosas, sino al contrario. Vivíamos los dos rodeados de toda clase de halagos; nuestros súbditos parecían idolatrarnos y todos los reyes del mundo se disputaban

la mano de mi hijo para sus hijas, las princesas más bellas y las más adineradas. Pero yo no sabía si tantos agasajos se debían realmente a nosotros mismos o a nuestro rango y nuestras riquezas, y no quería casar a mi hijo sino con una muchacha buena y desinteresada. Fui a ver a su madrina, una hada muy amiga mía, y le pedí consejo y a ella se le ocurrió encantarnos de un modo que nos ha permitido conocer tu buen corazón, linda Marisol, ya que me quisiste, bajo mi forma de ave, lo mismo cuando no servía para nada, que cuando os colmé de regalos y cuando, más tarde, dejé de enriqueceros. Gentil Marisol, más digna que cualquier princesa, de ser mi nuera, ¿quieres casarte con mi hijo, el príncipe Brillantín?

Mientras hablaba la reina, Marisol la escuchaba pero a quien miraba era al príncipe; de suerte que cuando la reina acabó de hablar, Marisol no necesitó decir nada; ni el príncipe tampoco, para que Su Majestad los entendiera perfectamente.

La reina se llevó a toda la familia a vivir a su palacio: a los novios, y al bueno de papá Bonifacio y a la mala de Tomasa que, a fuerza de estar entre tanta gente buena, se acabó por volver casi buena ella también: ya no regañaba ni gruñía arriba de tres o cuatro veces al día; ya no volvió a pegar a nadie, ni siquiera al gato... verdad es que no había ningún gato en aquel palacio de la reina Berenguela donde todos vivieron felices comiendo... un día una cosa y otro día otra.

